

# SAN FRANCISCO DE ASIS ANTE LA CRITICA MODERNA

Por Monseñor FELIX HENAO BOTERO

## Introducción

San Francisco de Asís es un santo perenne: él y Santa Teresa y San Juan de la Cruz son estudiados y comentados por creyentes e incrédulos. En derredor del santo umbrío se congregan multitud de pensadores, artistas, literatos, psicólogos, místicos y seudo-místicos asombrados ante su persona y su portentosa labor. La literatura católica arroja un coeficiente precioso en el balance general de la bibliografía relativa al santo. Los racionalistas han aportado asimismo su contingente; por supuesto que el hombre sin fé no puede penetrar los umbrales de lo sobrenatural que él rechaza a priori.

Los racionalistas y protestantes avanzados han repasado la historia del humilde fraile sin que hayan podido dar la nota auténtica por carecer de medios adecuados. Chesterton dijo bien cuando escribió: "Renán y Matthew Arnold han fracasado totalmente en su propósito. Se han contentado con acompañar a San Francisco con sus alabanzas hasta el punto en que fueron detenidos por sus prejuicios, los prejuicios testarudos del escéptico. En el momento en que San Francisco ha comenzado a hacer lo que ellos no comprendían o no amaban, no ensayaron siquiera comprenderlo ni mucho menos amarlo. Han abandonado sencillamente la cuestión y no han marchado adelante con él".

A raíz de la festividad de San Francisco comentaba el órgano vaticano: "Participar en la exaltación de un fraile Francisco laicizado, y hecha por aquel mundo que él pisoteó y renegó, sería delito contra el santo y contra la Iglesia y sacrílega cooperación al triunfo del mundo mismo, en la creación y exaltación de un Francisco irreal, en abierto contraste con el Francisco histórico y real".

## Iconografía franciscana

La iconografía franciscana ha tenido multitud de cultivadores

desde Cimabue y el Giotto hasta nuestros días. Pero no siempre el que pinta o esculpe es veraz en la producción ni atinado en seleccionarla.

Hay dentro de la catedral de Asís una bellísima escultura del Dupré: la postura del santo es humilde, está en pie, inclina profundamente la cabeza sobre el pecho, tiene los ojos cerrados y en el rostro se trasparenta la divina paz interior. Los peregrinos declaran unánimemente ante la estatua: medita. Y a no pocos se les escapa esta expresión: yo sé qué medita. Esa producción tal vez no es fiel: San Francisco no obraba generalmente de esa manera: él levantaba su mirada al cielo, se extasiaba ante el espectáculo de la naturaleza: al lado de las fuentes, entre los olivares, trepado en las rocas, "delle carcere", en las riveras del lago, a la salida del sol y rezaba cantando y rezando cantaba.

En la misma Porciúncula su posición no es la del monje silencioso sino la del frater que entona himnos y levanta sus brazos para orar. Dupré se dio cuenta de que modelaba la efigie de un contemplativo pero al realizarla se acercó más al espíritu taciturno de Bruno que al carácter jovial, juglaresco, alegre, divinamente retozón de San Francisco... Una anécdota española arroja luz sobre el asunto: ciertas monjas carmelitas se preparaban para recibir a Santa Teresa; le arreglaron una habitación oscura; una lámpara de aceite ardía delante de una tremenda calavera; silicios y un látigo componían el total de la ornamentación (los silicios los llevaba la fundadora consigo). Llegó la santa al monasterio, dió una mirada al antro tenebroso y se arrojó a la ventana gritando: aire, luz, valles, cielo, y la claridad inundó el aposento. Las monjas retrocedieron espantadas; la amaban sin haberla comprendido. Algo semejante le aconteció a Dupré: amó a San Francisco; dedicóle su ingenio a glorificarlo, pero al esculpirlo tal vez dedicó un episodio del santo pero no su inconfundible personalidad.

En los días de primavera estuvo expuesta en la Villa Borghese una imagen del Seráfico Padre. Pertenecía a la escuela futurista más extravagante. Las gentes que pasaban se indignaron, algunos frívolos transeuntes reían, los más serios y corteses movían la cabeza en señal de desagrado; alguien decía: el escultor confundió la mística espiritualista con un fósil; y alguien más exacto y ortodoxo completaba la exégesis diciendo: es una profanación. Una estatua canija, desvaída, sin fuego en los ojos ni divino temblor en su contenido, no representa a su santo cuya vida fue una llama de sobrenaturales fulgores.

Bien conocida es por todos la imagen creada por Murillo: el Señor crucificado desprende una mano para abrazar a San Francisco el cual a su vez se abraza en el cuerpo adorable del Redentor; no está ese episodio en la vida del serafín de Umbría; sin embargo, lo irreal como histórico en la concepción murillana no lo es sino aparentemente: la simbólica representación del artista español interpreta un estado del alma de San Francisco; su vida no se concibe sin la cruz; su conversación con Jesucristo y el mutuo amor enardecido de los dos crucificados tuvo su más alta verificación en la mañana de los estigmas.

Cuando se visitan las galerías de arte moderna vaticana llama la atención un lienzo genialmente ejecutado: brota el sol en el horizonte; lejos, en el repecho de la montaña, se destaca la silueta humilde de Francisco; sus manos llagadas se levantan con toda la intensidad con que late un corazón en incendio: el santo ora. Tal figura es atrayente, real, profundamente mística. San Francisco oraba así muy a menudo. **Il fratte sole** le arrancó su más hermoso canto, canto que repitió en su vida, creó la lengua italiana, influyó en la literatura del Occidente y fue la última plegaria en la Porciúncula cuando en su frágil cuerpo hacía la inmolación de su espíritu.

Popularísima es la efigie ideada con tanta maestría por Rosignoli, colocada en el jardincito contiguo al lugar de la tentación impura, en medio de los rosales perennemente reverdecidos. La proporción de la figura, la humildad en la expresión, ese inclinarse con la mayor naturalidad para acariciar el corderillo, la cortesía en el ademán, arrancan al visitante un juicio favorable. Hay artista muy felices! No hay sin embargo que ser unilaterales en tratándose de una personalidad tan compleja, rica y variada, en medio de su casta sencillez. La observación de Huby viene muy a propósito: "se forma una idea falsa sobre San Francisco cuando alguien no quiere ver en él sino al amigo de todas las criaturas de Dios, sin parar mientes en el caballero al servicio de la Iglesia, en el hombre de la regla obligatoria *sine glossa*, en el humilde servidor del Pontificado romano".

El sumo artista del fraile humilde fue Giotto y en este campo no hay opiniones discordantes. El Giotto fue el pintor de Asís: sus figuras son reales, vivas las expresiones, hermoso el colorido, auténticos los episodios y empieza con él el movimiento en el arte separándose la historia pictórica de la quietud hierática de los bizantinos. La triple iglesia que mandó levantar Fray Elías y el arte franciscano tienen ahí su complemento y su feliz iniciación. Con Giotto empieza una escuela; con el Canto al Sol una literatura y con San Francisco la apoteosis de la mística.

La dramática sencillez y la portentosa originalidad de San Francisco han dado argumentos variados a los artistas de siete siglos largos, pertenecientes a escuelas diversas, sin que la vitalidad del asunto cese de proporcionar cada día nuevos motines a las producciones: "los modernos lo encuadran en la historia buscando en el santo al hombre así como los antiguos buscaban en el hombre al santo". La unión de las dos tendencias representa el sutil tejido de su historia.

### Los escritores

Los literatos, filósofos y místicos que se han ocupado de esta figura venerable, sobrepasan el número de los artistas: los dibujantes y escultores no alcanzan al diluvio de escritores franciscanistas. Y si los lienzos y esculturas han sido infieles con frecuencia, la heterodoxia de las plumas excede infinitamente a las inexactitudes que dejamos apuntadas. Una señal divina en favor del santo consiste en que él ha sido el **signum contradictionis** como su modelo Jesucristo. Delante de la figura histórica suya se aunan la verdad y el error, la heterodoxia

y la mística en grado sorprendente. Los católicos vienen escribiendo desde Tomás de Celano hasta los grandes convertidos contemporáneos y es un índice revelador el que estos hombres geniales, llegados desde las escuelas filosóficas más dispares se hayan ocupado con tanto amor y osadía del santo umbrío: Papini, Gemelli, Chesterton y Joergensen, entre millares, llevan escritas páginas muy valiosas en honor del que conocieron y amaron.

Del otro lado, de las filas racionalistas, se ha levantado una turba de simpatizadores con el espíritu del fraile que murió en el siglo XIII. No todo lo que han escrito es inexacto pero sí generalmente muy humano: se aterran ante la necesidad de admitir algo más que a un hombre en San Francisco y no quieren darse cuenta de que la fé no es irracional ni un imposible el orden sobrenatural. La fé se funda sobre el hecho de la Resurrección. Llevados por la manía de negar lo que no entienden se ven encerrados en el círculo de hierro de sus dogmas laicos, envejecidos y estériles; y no queriendo asentir a las invitaciones de la gracia se privan de los consuelos y de la lumbre de la verdad revelada.

La primera interpretación que debemos rechazar es la de Lombardo Radici el cual creyó ver en las maneras del santo y en su amor a las criaturas un reflejo del budismo panteísta. El hecho no deja de ser curioso aunque la comparación toque los límites de la insania y del sectarismo. Entre la inanición budista y la caridad cristiana media un abismo: el que existe entre el pasivismo egoísta y el sacrificio personal fundado en el orden sobrenatural. El panteísta confunde a Dios con las cosas; San Francisco, como David, alaba a Dios en su obra. Los primeros identifican la causa con el evento; al segundo le sirve la contemplación de cualquier obra divina para invitarla a bendecir al Creador. Los budistas y neohegelianos practican una religión cuyo fin es agnóstico; San Francisco, sin ser letrado ni filósofo, se eleva hasta las sublimidades de Dios uno y trino y le rinde un homenaje perenne. Podríamos llamarlo un metafísico realista.

Los paganos amaron la naturaleza y los modernos espiritualistas alegan su simpatía por las criaturas, pero el pagano mezcló lo que era puro con mitologías impuras y "supersticiosas ideas exhumadas del panteón de las soñolientas religiones indoeegipcias, es lo que late en el fondo del tan preconizado amor a la naturaleza" de los actuales seudomísticos, según la gráfica expresión de la escritora hispana Pardo Bazán. Los budistas temen hacer el mal por librarse del dolor. San Francisco dijo y cantó aquellos versos que sintetizan su concepción mística.

"Tanto e il bene ch'io aspetto  
Che ogni pena m's diletto".

Hay ciertas expresiones blasfemas que a fuerza de ser defendidas dejan de considerarse como tales. A los socialistas que reniegan de toda religión les trae cuenta, como argumento de propaganda, designar la persona del Redentor y acomodarla a sus teorías antihumanas e irreligiosas. No han faltado quienes establezcan tal paralelo satánico entre el Evangelio y las doctrinas de Marx y de Lenin. Y en

ciertas alturas oficiales, de gobiernos izquierdistas, se ha hecho la exaltación del santo y de su obra. Quieren ver ellos en él al fundador de los Menores y como tal al precursor del comunismo actual. El Evangelio es caridad y a San Francisco le llamó San Buenaventura "ebrio de amor"; mientras el socialismo tiene su esencia en el odio. El cristianismo y la doctrina franciscana se imponen por la fuerza de sus postulados confirmados con milagros; el socialismo se impone con maquinaciones, deprecaciones y violencias. El cristianismo predica el perdón y el amor al enemigo, virtudes que San Francisco practicó en grado heróico; el socialismo declara enemigos suyos a quienes no comulgan sus ideas y maquina contra ellos guerra a muerte. Jesucristo amó a su Padre, a los hombres y a la naturaleza, y las criaturas, los hombres y Dios fueron amados con místico amor por San Francisco: reniega el socialismo de Dios, desprecia en último análisis al hombre, practica el materialismo más grosero. Jesucristo fue pobre y recomendó la pobreza voluntaria al par que San Francisco celebró sus nupcias con **madonna pobertá**, cuyo epitalamio cantó Dante; los hijos de Lenin empobrecen el mundo y se enriquecen ellos.

En mundo cómodo y ligero, el burgués afable y tranquilo, ven en el fraile una figura simpática, lo exaltan y admiran pero su visión es miope muchas veces: se fijan en el poeta y en el artista, en el cortés señor que había en él y prescindien de la contemplación del asceta y del soldado de la cruz; lo acompañan en los campos fértiles de Italia pero alejan su mirada del mártir de Alvernia; lo declaran gran iniciador y le rinden homenaje pero su devoción laica no les capacita para la reforma de las costumbres y para la justicia social. San Francisco fue el creador de la clase media y el fiel intérprete de la riqueza a la luz del Evangelio.

En diarios y revistas se insinúa que la filantropía concuerda con las doctrinas del serafín humano; pero los filántropos no han logrado fundar una religión no obstante haber pretendido sustituir la caridad cristiana por el cómodo humanitarismo positivista; hijos espirituales de Comte y de Spencer, predicán el amor humano a ciertos prójimos, sin llevar su predilección a quienes en la Iglesia constituyen un tesoro: los pobres, los huérfanos, los desheredados. Filántropos!, decía Voltaire, formadme en vuestras teorías y doctrinas una sola hermana de la caridad.

El altruismo y la filantropía no curan las llagas sociales ni remedian los males del alma ni secan una sola lágrima. "La filantropía es la benevolencia expuesta a todo viento de doctrina en la noche de la incredulidad" escribió Caro. El amor cristiano, la caridad de Francisco se fundaba en su profundo espíritu de fé y en el amor encendido al Verbo Encarnado por quien todos somos consanguíneos con Dios. A todos consideraba sus hermanos y les procuraba el bien, aún a costa de su propia mortificación. La filantropía es una doctrina cómoda, sin el divino sello de la caridad; esa caridad empieza en la abnegación personal y tiene su epílogo en el martirio. San Francisco se acuerda de todos olvidándose de los padecimientos por ellos; y el filántropo de escuela se acuerda en primer término de que su mano derecha sepa bien lo que da la izquierda. La filantropía confía en la

razón y en el mundo que ella aplaude; San Francisco ponía su esperanza en Dios y despreció las pompas y vanidades. La filantropía es una caricatura ridícula de la caridad cristiana.

### El dramatismo de un santo

San Francisco no es un santo precoz: en su niñez y en su primera juventud otros ideales ocupaban su mente y su corazón latía por móviles nobles y dignos pero no sobrenaturales. La escena de su conversión, el diálogo con el Crucifijo en San Damián, la reconstrucción de la iglesita, sus primeros ensayos religiosos, las primicias de su orden, la aprobación del Papa y la fundación de la Orden Tercera, raíz y núcleo de la clase media, son episodios de la cosa juzgada. Nacido en los tiempos del feudalismo, cuando los señores de los castillos fincaban sus grandezas en las batallas, la aparición de Francisco inicia una época y una concepción opuesta al ambiente. Un argumento más contra el materialismo histórico de los marxistas.

Predicó la paz y el perdón; habló con franqueza de los vicios de sus tiempos y dio a su Orden el espíritu de la pobreza voluntaria. Y como la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona al decir de Santo Tomás, San Francisco que era naturalmente jovial, generoso, ardiente e idealista, tocado por la gracia, aquellas espléndidas inclinaciones se convirtieron en virtudes cristianas: el trovador de Asís siguió siendo el cantor cristiano, el poeta popular continuó su tarea en sus místicas estrofas, el jovialísimo muchacho se tornó en el hombre amigo de todos por Dios. El influjo de sus doctrinas sobre su época y las edades posteriores es cuestión incontestada. El inició francamente el movimiento literario italiano sin darse cuenta y por sus métodos de vida y su extraordinaria originalidad dio margen a una escuela que aún perdura para bien de los hombres y de la cultura. Si escribió mucho o poco es cuestión que viene agitándose hace largo tiempo, pero la crítica le deja al menos su "Canto al Sol", trozo literario de tan extraordinaria belleza, que el mismo Renán creyó ver en él la página más espléndida de la literatura religiosa después del Evangelio.

Su actitud histórica es dramática: todo en él es acción porque su temperamento es ardoroso. Su vida tiene una lozana vitalidad y sus episodios han sido comentados por su siglo y por los tiempos que le han seguido. Nada importa que haya escrito poco para que se le considere como un creador de literatura mística: "hay más poesía en lo que hizo que en lo que escribió" ha dicho Huby.

La mística franciscana tiene su real fundamento en la orientación del fundador. Es al estigmatizado de Asís a quien los contemplativos de su tiempo deben el amor especial a la Pasión, esa alegría dolorosa, aquel placer del corazón en la santa cruz que los místicos medioevales mencionan a menudo y que causa tristeza no encontrar en el mismo grado en los siglos siguientes, en los cuales la consideración de la Pasión tiene algo de penoso y duro.

Empezada por él la renovación literaria, le siguieron los escritores italianos hasta culminar en el poema latino de la Divina Come-

dia. Injertada por él en la vida social y religiosa su mística llena de ardor y sentimiento, nadie extraña que de su orden salga Antonio de Padua el patético predicador de los pueblos, ni San Buenaventura, el poeta filósofo y teólogo, el propagador del Angelus a la hora de la tarde empapada de poesía. El **Dies Irae** salió de la celda de un fraile y el **Stabat Mater** tuvo por autor probablemente a Giacomone Datodi. En todos esos cantos hay fuego, respiran fe, levantan el corazón muy alto sobre las escorias humanas. La liturgia de la Iglesia los ha incorporado con veneración y como himnos y en los funerales lo mismo que en el día de los dolores de María, salmodia el clero en los presbiterios. En el hogar franciscano se han cultivado con amor las bellas letras: de sus tres órdenes han salido artistas, literatos, santos y reformadores; el fraile por vocación, por tradición y por escuela lo mismo es jardinero que escritor, empuña con la misma naturalidad el crucifijo con que canta los himnos o los crea. Tercenarios fueron Dante, Colón, Lope de Vega, Calderón de la Barca, León XIII, Pío X, Pasteur, Marco Fidel Suárez. En la escuela franciscana se formaron: Clara de Asís, la fundadora; Rosa de Viterbo, la Juana de Arco italiana; Margarita de Cortona, convertida como Magdalena y como ella ardiente apasionada del Maestro divino; Isabel de Hungría, reina buena y heroína cristiana. En la orden clarisa han encontrado un oasis espiritual muchas doncellas; en la Porciúncula, iglesita que se levanta en parábola, "hallaron el hogar muchos hombres sin hogar y con el cordón nudoso se han ceñido cuerpos de vírgenes, mártires y convertidos".

### Epílogo

La figura real de San Francisco es bella, dramáticamente sublime: muy joven fue un trovador de las callejuelas tortuosas de Asís y siendo la alegría de su pueblo conservó intacta la pureza; su conversión se acerca más a la de Gabriel de la Dolorosa que a la de San Agustín; prisionero en Perugia levantaba el ánimo abatido de sus compañeros de infortunio con sus cantos y gracejos. Convertido por la gracia, dejó a su padre y se declaró hijo del que habita en las alturas. Cuando recorría las tierras de Italia las aves le escuchaban, le oían los peces, venerábanle los hombres y lo bendecía la Iglesia. Hablaba con "el hermano sol que nos da la luz y el día, bello, esplendoroso y radiante que da testimonio de Dios"; bendecía al Creador por haber creado la "hermana luna y las estrellas, claras, bellas y preciosas"; el viento, las nubes, las fuentes, el fuego, la madre tierra, le ponían en ascuas el corazón y por éso cantaba al Creador.

Su riqueza fue su pobreza; su misión la paz y el amor; no supo odiar ni perdonó la menor ligereza a su cuerpo. Los príncipes le oían, los nobles le miraban complacidos, un sultán le colmó de atenciones, le dio su anillo como salvoconducto y tembló ante la mirada de fuego del fraile humilde. Fue a Tierra Santa y a Siria en busca del martirio; no se procuró adeptos y le llovieron los hermanos; fundó un convento, grano de mostaza para el árbol frondoso cuyas ramas desafían los siglos y dan sombra vivificadora a la tierra. Fue poeta y místico, orador y pordiosero; amigo de todos se sacrificó por todos; veía

*Mons Félix Henao Botero*

la mano de Dios en las criaturas sin confundirlas con Dios. Su Tabor fue su alto grado de contemplación mística; fue la Alvernia su calvario; en el Eremo celebró las navidades y enseñó el dramatismo del pesebre. Llamó hermana a la muerte y su lecho fue una tabla rociada con ceniza en la cual un artista cristiano dibujó más tarde la imagen del Señor crucificado. Murió en la Porciúncula su hogar predilecto y cuando expiró lloraron los frailes y cantaron los ángeles. Sobre su tumba escribió un Pontífice aquél maravilloso epitafio: "Muerto antes de morir, vivo después de muerto".